

Luis Eduardo Mejía
Sandra Turbay

USO Y SIMBOLISMO DE LOS VENENOS DE PESCA EN LAS TIERRAS BAJAS DE COLOMBIA, SURAMÉRICA

Resumen: En este artículo se hace un balance de los estudios botánicos y etnográficos sobre los venenos de pesca usados por indígenas de las cuencas de los ríos Orinoco y Amazonas, en territorio colombiano. En primer lugar se describe el uso de estas especies en cada grupo indígena y se caracterizan sus propiedades farmacológicas. En segundo lugar se analizan las características de estos venenos y sus repercusiones en el universo simbólico. El trabajo explica, en particular, por qué en la mayoría de los grupos indígenas las mujeres tienen prohibido manipular los venenos. A pesar de cubrir una vasta región donde viven grupos étnicos de diferentes familias lingüísticas, el análisis muestra muchos elementos comunes en los mitos y en las creencias asociadas a los venenos.

Palabras clave: venenos, pesca, Colombia, mitología amazónica, barbascos

Title: Use and symbolism of poisons for fishing in the lowlands of Colombia, South America

Abstract: This paper presents a balance between the botanic and the ethnographic studies dealing with the fishing poisons used by indigenous groups of both the Orinoquia and the Amazonian's basins in Colombia. In the first place, a description of the use of these species in each indigenous group is made and their pharmacological properties are characterized. Next, an analysis is made about the traits of these poisons and their repercussions in the symbolic universe of the groups. The study explains, particularly, why women in most indigenous groups are forbidden to manipulate those poisons. Despite comprising a great region where various ethnic groups of different linguistic families live, the analysis shows that they share many common elements in terms of myths and beliefs associated with the venoms.

Key words: poisons, fishing, Colombia, Amazonian mythology, barbascos

1. INTRODUCCIÓN

Este artículo se propone hacer un estado del arte de las referencias a los venenos de pesca en la amazonía y la orinoquía colombianas en estudios antropológicos y botánicos con el fin de ofrecer una visión de conjunto sobre el lugar que ocupan estas sustancias en las artes de pesca y en el universo simbólico de los grupos indígenas de la región.

Muchos grupos americanos han usado desde tiempos prehispánicos plantas venenosas para la caza y la pesca. Estos venenos, conocidos como curares y barbascos respectivamente, ejercen una acción letal sobre mamíferos pequeños, aves y peces, pero no producen en los seres humanos ningún efecto adverso después de comer el animal. Hoy en día, la cosecha de estas plantas, su procesamiento y su uso están supeditados a una serie de restricciones, consideraciones míticas y tratamientos rituales.

Para hacer un balance del conocimiento actual sobre el uso y significado de los venenos de pesca en Colombia, hemos revisado bibliografía sobre las sabanas de la cuenca del Orinoco y las selvas de la cuenca del Amazonas. En la primera viven grupos sáliva, piapoco, puinave y cuiva, mientras en la segunda se destacan, en el Vaupés, los grupos de la familia lingüística tukano oriental (barasana, desana, taiwano, tanimuka, maku-



Mapa 1. Fuente: <http://www.colombiaenmexico.org/colombia/geografia.html> (20.02.2007)
Modificado por: Silvana Monsalve

na, etc.), en el interfluvio Caquetá-Putumayo los autodenominados “Gente de centro” o de “ambil de tabaco” (uitoto, muinane, andoke, etc.) y algunos indígenas que se encuentran en posición intermedia entre las dos áreas culturales anteriores, como los miraña y los yukuna del río Mirití Paraná, afluente del bajo Caquetá. Al suroccidente, en los límites con Ecuador, el piedemonte amazónico está habitado por inganos, kamsá, kofanes y sionas, afamados a nivel nacional por sus conocimientos botánicos. En el río Amazonas propiamente dicho se encuentran los yaguas y los tikunas cuyo corpus mítico fue analizado por Lévi-Strauss (1968).

2. GENERALIDADES SOBRE LA PESCA CON BARBASCO

El término barbasco se usa de manera genérica en Centro y Suramérica, para designar todas las plantas con propiedades venenosas para la pesca. El término proviene de la voz latina *Vervascum*, nombre genérico de plantas europeas pertenecientes a la familia de las Scrophulariaceae, algunas de cuyas especies han sido usadas desde tiempos pasados como venenos para peces (Arias *et al.* 1980: 8). Algunos barbascos son silvestres mientras otros son cultivados.

Los autores consultados sostienen que “embarbasco” es una empresa colectiva que se lleva a cabo en una quebrada de corriente lenta, en un pozo, en una laguna o en un sitio similar. También se forman taponos o charcos, acumulando piedras, ramas y palos en un sitio angosto de la corriente que facilite la formación de un remanso. Esto permite aumentar la concentración del veneno en un volumen de agua determinado, facilita la colecta y evita que los peces escapen río abajo aumentando la pesca y disminuyendo el tiempo y el esfuerzo invertidos. Todos los barbascos hacen que los peces floten, y así son tomados con la mano o con cestos, canastos, nasas, flechas u otros objetos sencillos. Su principio activo y la ausencia de nocividad del pescado es lo que determina la diferencia entre el barbasco y otras especies ictiotóxicas (Arias *et al.* 1980: 10-13).

Igualmente los investigadores coinciden en decir que los barbascos se usan en verano cuando las aguas de los ríos y quebradas se encuentran bajas y los peces se pueden recolectar fácilmente, también se aprovechan recesos de lluvia que hacen bajar las quebradas de nivel. Los sikuani de los llanos del Orinoco, en los límites entre Colombia y Venezuela, barbasquean desde principios de diciembre hasta marzo. En esta época se preparan los terrenos para la siembra, se caza, se pesca y se recolecta miel; es entonces cuando se consiguen más frutos y cuando la gente está junta y se baila (Perafán *et al.* 2000: 269, 283). La pesca con barbasco puede hacerse en una salida familiar o en una expedición de dos o tres días donde se invita a mucha gente y todos los que tienen barbasco lo llevan. Se hace una empalizada y por la tarde se agitan las plantas machacadas en el agua y se hace un rezo. Al amanecer se recogen los primeros peces, los hombres flechan y las mujeres usan un colador hecho con fibra de la palma de cumare (*Astrocaryum sp.*). En seguida las mujeres arreglan los pescados de su marido, que pueden alcanzar para varios días si se ahuman (Mariño *et al.* 1994: 90; Perafán *et al.* 2000: 289).

Entre los nukak, cazadores y recolectores nómadas del interfluvio Inírida-Guaviare, este tipo de pesca también se hace durante el verano y las épocas de transición, los hombres buscan, manipulan y usan el barbasco; las mujeres y niños revisan las represas y construyen recipientes para transportar los peces capturados (Cabrera *et al.* 1999: 279-280).

Aunque la técnica puede variar de un grupo a otro, (Arias *et al.* 1980) la resumen de la siguiente manera: el material vegetal se macera con los dedos, frotándolo con una piedra en una vasija o en el piso; casi siempre esto se hace en un poco de agua y ocasionalmente se le agregan cenizas, arena o lodo. La experiencia en el uso de la planta determina qué parte de ella se usa. El jugo producto de la maceración puede ser arrojado directamente al agua, secado o fermentado por horas o días. El agua donde es arrojado se agita con una vara; el triturado se ata en manojos o se introduce en cestos o bolsas amarradas que se sumergen sacándolas y repitiendo la operación. En algunas comunidades el pescador entra al agua con su atado venenoso y en otras se mojan las carnadas con las plantas venenosas (Arias *et al.* 1980: 10-15).

La mayor parte estos venenos producen un efecto de parálisis o entorpecimiento de los peces y luego la muerte. El tiempo requerido para que hagan efecto varía considerablemente de acuerdo a la especie de planta, al pez y a la concentración del veneno (Neuwinger 2004).

En algunas regiones donde hay escasez de pescado y se ha reducido el espacio geográfico, se ha avivado la polémica sobre los daños ecológicos que podría provocar el uso del barbasco (Castro 1993: 239). Los detractores sostienen que el veneno acaba los recursos, daña las lagunas y que los indígenas dejan cantidades de peces muertos sin recoger. Los pescadores se defienden diciendo que el efecto del veneno es transitorio, que muchos peces escapan con vida y que la circulación del agua se normaliza poco a poco; un indígena sikuani comenta que sólo se barbasquea una vez al año en el mismo sitio porque los peces se darían cuenta y se irían con sus dueños a otro lugar donde no los molesten. Para estos indígenas la protección de los recursos pesqueros implica respetar esta norma pero también otras que tienen que ver con la dieta sexual y el alejamiento de las embarazadas y menstruantes de los lugares de pesca (Mariño *et al.* 1994: 115-119).

El comercio de pescado se remonta a tiempos prehispánicos en la cuenca del Orinoco, cuando se celebraban ferias o mercados en verano, a donde concurrían indígenas de diferentes grupos (Langebaek 1996). Todavía el pescado sigue constituyendo un regalo privilegiado entre familiares y vecinos y además sirve para intercambiar por jabón, aceite, gasolina y otros productos de origen industrial. Para el indígena no es rentable llevar las pequeñas cantidades de pescado que captura hasta los grandes poblados de mestizos, por el costo del transporte. De hecho, son los colonos quienes actúan como intermediarios sacando ventaja del analfabetismo y la falta de dominio de las operaciones aritméticas por parte de los indígenas de mayor edad. Muchos pescadores terminan trabajando para pagar la deuda que tienen con el comerciante. Los indígenas del Orinoco han tenido que enfrentar propuestas de mestizos para que pesquen grandes cantidades con barbasco, lo cual sería nefasto para la conservación del recurso pesquero. Algunos maestros bilingües, capitanes de resguardo y autoridades ambientales han hecho esfuerzos para capacitar a los pescadores y promover su organización de modo que puedan lograr me-

jores precios en el mercado, impedir el uso de mallas y explosivos en sus territorios y evitar que el barbasco se use con fines de comercio en gran escala o se utilice en lagunas grandes que sirven de criaderos para los peces (Mariño *et al.* 1994: 115-119).

En las reuniones promovidas en el departamento del Vaupés por el Ministerio del Medio Ambiente de Colombia en el 2001, dentro del marco de la política de concertación ambiental, los líderes indígenas advirtieron reiteradamente que en el río Vaupés el recurso pesquero se estaba afectando por el uso de agroquímicos y mallas y por el empleo indiscriminado del barbasco sin la práctica del conocimiento tradicional asociado (<http://www.minambiente.gov.co/ecorre/peramb13/resumen.htm>). Se sabe que el recurso íctico es más pobre en los ríos de aguas negras que en los ríos de aguas blancas. Esto llevaría a una mayor sensibilidad del recurso pesquero frente al uso del barbasco en ríos de aguas negras como el Vaupés. De cualquier manera, hace falta explorar las razones que han llevado en los últimos años a ampliar el uso del barbasco por fuera del contexto tradicional; probablemente esto esté relacionado con la ampliación el incremento de las plantaciones de coca con destino al narcotráfico, la intensificación de la minería del oro en algunas zonas del departamento, la presencia de grupos armados y la ampliación de tierras para la ganadería y en general, a una mayor demanda de pescado por parte de quienes que se dedican a estas actividades.

3. ASPECTOS ETNOBOTÁNICOS DE LOS BARBASCOS

El botánico norteamericano R. E. Shulthes (1989) fue el principal colector de plantas venenosas de la Amazonía; adicionalmente, incorporó una parcial, pero muy interesante información sobre las formas de uso y los nombres étnicos de estas plantas usadas por diversos grupos indígenas principalmente del norte de la amazonía. Muchas de estas especies se cultivan desde hace mucho tiempo y otras son cosechadas en estado silvestre.

Nosotros encontramos 40 especies reportadas, por Schultes y otros botánicos, como barbascos utilizados por los indígenas colombianos de la Orinoquía y la Amazonía. Estas especies pertenecen a más de 12 familias de diversos hábitos; entre éstas las que más aportan especies son las familias *Fabaceae*, *Euforbiaceae*, *Cryocariaceae* y *Rubiaceae*. Se puede usar toda la planta (*Tephrosia toxicaria*) o alguna parte de ésta (hojas, frutos, semillas, corteza, raíz, ramas, flores, látex). De plantas como *Lonchocarpus furibundus* se pueden usar tanto el tallo, la raíz o la corteza. En las *Fabaceae* se prefieren raíces y tallos. Cada grupo étnico suele usar una sola especie y las pocas plantas empleadas son las mismas sobre áreas amplias.

Ocasionalmente se mezclan varias plantas. En los límites con el Ecuador, los kofán mezclan las hojas de *Pytholacca rivinoides* con una especie de *Phyllanthus* para em-barbasco. Muchas plantas al parecer fueron usadas en la antigüedad como barbascos y actualmente no se emplean. Otras tienen usos adicionales como medicinas: el látex de *Spongiosperma macrophyllum*, un veneno para peces, es usada por los makuna para las infecciones fúngicas del cuero cabelludo. *Lonchocarpus latifolius* se usa adicionalmente como purgante y vomitivo irritante; *Phyllanthus lathyroides* además es diurético antiespas-

módico, y estimulante en las molestias del aparato urogenital. *Clibaum silvestre* es usada como insecticida y para tratar enfermedades de la piel (Shulthes y Raffauf, 1990).

Algunas especies tienen varios usos: *Lonchocarpus nicou* es usada como barbasco y también se usa como insecticida para matar hormigas corta-hojas en los cultivos. Otras especies cumplen el doble propósito barbasco-curare: el fruto de *Anthodiscus amazonicus* es molido y usado por los makuna como veneno para peces y adicionalmente mezclado con una especie de *Strychnos* se usa como un curare menor. *Piper dumosum* es un ingrediente de una mezcla de plantas para barbasco y curare.

Los tikuna, del río Amazonas, cultivan la liana *Lonchocarpus nicou*. Para preparar el barbasco machacan la raíz y luego la ponen a fermentar con un poco de agua en cañas bien tapadas. A los tres días botan el contenido a las quebradas para pescar toda clase de peces, renacuajos y lombrices. Este mismo grupo usa las flores de la especie *Monopterix sp* como un veneno de pesca menor. Secan la pulpa de la fruta silvestre de *Patinoa ictiotóxica*, una especie perteneciente a la familia de las *Bombacaceae*, y la almacenan como un veneno para peces mientras viajan. La pulpa es lanzada sobre la superficie de aguas tranquilas y en media hora pequeños peces flotan aturdidos sobre la superficie (Shulthes y Raffauf 1990).

Entre los desana, grupo tukano del Río Papurí en las selvas del Vaupés, las hojas y peciolos de *Philodendron craspedodromum* son cortados y amarrados en pequeños “atados” que son colocados sobre el suelo del bosque por varios días, una vez fermentados se maceran y se lanzan al agua para envenenar peces. El árbol *Anthodiscus peruanus* es ampliamente apreciado como un veneno para peces menor en la parte norte de la amazonía. Los Kurripaco del río Guanía y los Makuna del río Apaporis muelen las hojas y ramas jóvenes en un agujero en el suelo con agua y lodo mezclando este preparado para lanzarlo en aguas quietas; la acción entorpecedora del veneno para peces es rápida pero no permanente (Shulthes y Raffauf, 1990).

4. ASPECTOS FARMACOLÓGICOS DE LOS BARBASCOS

El fin de las comunidades que usan los barbascos no es precisamente envenenar los peces sino disminuir su actividad; algunos términos que se usan son: “adormecer”, “emborrachar”, “atontar”, “embozar”, “embriagar”, “asfixiar”, “narcotizar”. En general no se utiliza el término matar o envenenar. La acción del barbasco conduce, sin embargo, a corto plazo a la muerte del pez dependiendo de parámetros tales como: principio químico y potencia, solubilidad en el agua y acción fisiológica. También influye la parte de la planta usada, la clase de pez, la edad, la resistencia, la época de uso y la edad de la planta. (Rondón 2002: 35) reporta, por ejemplo, que el barbasco preparado por los piaroa del Sipapo, en Venezuela, a base de la hoja de *Lonchocarpus utilis* y otras especies, hace que los peces comiencen a flotar cinco minutos después de esparcirlo en el agua, mientras que, como vimos más arriba, (Mariño *et al.* 1994: 90) dicen que los sikuanis riegan al atardecer un barbasco, esperan hasta la madrugada para sacar los “primeros pecesitos borrachos” y luego echan veneno por segunda vez para que salgan los peces más grandes.

Algunas de las sustancias que atontan a los peces son alcaloides, otros son compuestos glucósidos. Del género *Lonchocarpus* se ha aislado la rotenona, su ingrediente activo, que se ha usado en la agricultura moderna como insecticida biodegradable. Debido a la baja toxicidad de la rotenona los peces pueden ser comidos por humanos sin reacciones adversas. Causa depresión respiratoria en los peces obligándolos a jadear para inhalar, abriendo las agallas en la superficie del agua. Estas sustancias son medios de defensa de las plantas contra los depredadores (Kingsbury 1965: 27-28).

5. ANTECEDENTES EN EL ESTUDIO DEL SIMBOLISMO DE LOS BARBASCOS: EL APORTE DE LÉVI-STRAUSS

Lévi-Strauss analizó, en *Lo crudo y lo cocido* (1968), un conjunto de mitos bororo, kapyapó, mundurucú, vapidiana y arekuna donde había referencias a los barbascos. En primer lugar le llamó la atención que en muchos pueblos guayaneses la pesca con barbasco (conocido como timbó en Brasil) fuera una ocupación puramente masculina (Lévi-Strauss, 1968: 254). Sin embargo, no propuso abiertamente una interpretación de esta prohibición.

Lévi-Strauss dedujo de los mitos que el veneno de pesca estaba comprendido en la categoría de los alimentos vegetales, pero era una suerte de alimento “incomestible”. Observó también que los mitos atribuían el origen del veneno de pescar a la mugre de un niño, hijo de un hombre y una hembra tapir; a la mugre física de una mujer consagrada excesivamente a la cocina (al bañarse en el río mata a los peces); o a un moco de un pájaro que se transforma en bejuco de barbasco. Encontró igualmente que los mitos sobre el origen del veneno de pescar estaban contruidos, por inversión de los mitos sobre el origen de los peces (Lévi-Strauss 1968: 164, 265).

Para obtener el veneno los mitos recreaban episodios en los cuales se acercaba singularmente la naturaleza y la cultura, la animalidad y la humanidad, de tal modo que se pasaba de un reino a otro libremente. El veneno era, según Lévi-Strauss, una sustancia natural que, como tal, venía a insertarse en una actividad cultural: caza o pesca, simplificándola en extremo. El veneno era visto por el pensamiento indígena como una intrusión de la naturaleza en la cultura. Estos mitos conectaban también el origen del veneno con el arco iris y con el origen de las enfermedades, lo cual se explicaba, según el maestro francés, porque las epidemias abrían, como los barbascos, grandes boquetes en la trama demográfica (Lévi-Strauss, 1968: 273, 277).

Lévi-Strauss explicó, finalmente, que el tema del tapir seductor era recurrente en los mitos sobre el origen del veneno porque el seductor era un ser desprovisto de estatuto social en relación con su conducta y que actuaba por la sola virtud de sus determinaciones naturales: belleza física y potencia sexual, para subvertir el orden social del matrimonio. El seductor representaba también la intrusión violenta de la naturaleza en la cultura. Por eso el veneno de pescar podía ser hijo de un tapir seductor o de una seductora. Las mujeres seducidas por un tapir se volverían peces. Por el contrario, la seducción de un hombre por un animal hembra equivalía a una asociación de la cultura con la naturaleza, por lo cual el fruto de la unión era una mezcla de los dos órdenes: el veneno de

pesca, ser mixto y de sexualidad ambigua que algunos mitos describían con el aspecto de un niño que al meterse al agua provocaba la muerte de los peces. Los dos conjuntos de mitos estaban asociados y restablecían la relación de complementariedad que existía entre los peces y los barbascos (Lévi-Strauss 1968: 274).

6. CARACTERÍSTICAS DE LOS BARBASCOS SEGÚN LOS INDÍGENAS DEL ÁREA DE ESTUDIO

No encontramos en la bibliografía revisada trabajos antropológicos específicos sobre los barbascos. Sin embargo hay algunos datos dispersos en monografías, en estudios lingüísticos y en compilaciones de tradición oral, que nos permiten proponer una caracterización general de la percepción que los indígenas tienen de estas sustancias.

Los barbascos se incluyen en la categoría de lo amargo

Los indígenas incluyen los venenos de pesca y de cacería en la categoría de lo amargo, que se opone simultáneamente a lo dulce y a lo salado. Veamos en seguida algunos ejemplos que confirman esta aseveración. Para los cuiva son amargos alucinógenos como el yopo (*Anadenanthera peregrina*)¹ y el yagé (*Banisteriopsis caapi*) y también la yuca (*Manihot esculenta*) y el tabaco, mientras se consideran dulces las frutas, la carne y la miel de abejas². Los suegros ofrecen alimentos dulces a los yernos, incluyendo a la hija, mientras que los alimentos amargos circulan en sentido contrario (Queixalos 1991: 30). El veneno de pesca es asimilado al *yalaki*, una bebida fermentada a base de yuca, con la cual los peces se emborrachan y creen estar en una fiesta, como la que acostumbran hacer anualmente a *Bakatsoloa*, la sirena madre de los peces (Mariño *et al.* 1994: 94).

Los sikuaní dicen que el pescado cogido con barbasco no se debe asar con sal pues ésta podría revivirlo (Mariño *et al.* 1994: 90). Encontramos también que los uitoto no comían antiguamente frutas antes de barbasquear porque el dulce no dejaba actuar el veneno; en cambio consumían ambil de tabaco y se lavaban las manos con jugo de yuca para que la planta fuera más tóxica (Garzón 1991: 187)³.

Los barbascos se asocian al mal olor, a lo caliente y a la enfermedad

Tanto los barbascos como los curares son percibidos como malolientes, de hecho los yukuna reconocen por su olor fuerte las áreas venenosas, ricas en plantas tóxicas, que

¹ Uno de sus mitos dice que el yopo existía en la vagina de una mujer que vomitaba durante la noche, tal como se vomita cuando se inhala este alucinógeno. Un sobrino copuló con ella y, aturdido por las alucinaciones, partió sin rumbo fijo y se convirtió en el árbol del yopo (Queixalos 1991: 30).

² El sabor de las mieles en Suramérica varía con la especie y la época de recolección y va desde el más dulce al ácido y amargo, razón por la cual habría que dividir las mieles en inofensivas y tóxicas (Lévi-Strauss 1968: 46).

³ El carácter amargo de los barbascos es extensivo a los venenos de cacería. Prácticamente en toda la región se evita comer con sal las presas cazadas con curare para evitar que se dañe el veneno que aún se guarda (Cabrera *et al.* 1999: 266; Arhem *et al.* 2004: 82; Karadimas 1997: 397).

hay dentro de su territorio (van der Hammen 1992: 107). La asociación entre los venenos y los olores fuertes es resaltada igualmente en un mito sikuani de la orinoquía según el cual la garza conocida como gaván (*Micteria americana*) barbasqueaba defecando en un charco de modo que emborrachaba a los peces y los podía matar.⁴ Esto fue antes de que *Munuanu* (salvaje peludo que ataca a los que pescan demasiado) le diera el bejuco de barbasco y le enseñara a mojarlo en el agua para que el olor atrajera los peces. Dicen que esta garza come pescado crudo y por eso muere siempre flaca. (Ortiz 1982: 196-200; Mariño *et al.* 1994: 94).

Según los sikuani el pescado crudo tiene mal olor, especialmente si se trata de pescados grasos. Entran en la categoría de *asia* el pescado recién sacado, el bebé recién nacido, la sangre fresca de los animales de presa, la sangre menstrual y la del postparto. Aseguran que comer alimentos sin cocinar o contaminados por el contacto de las manos con pescado fresco o sangre de animal de monte, es comer “crudo” y produce una enfermedad conocida como mal de *ainawi* (estos son los dueños de los animales). Por ello existen rezos de pescado que protegen tanto a la muchacha que llega a la pubertad como a los niños que van a comer pescado por primera vez (Mariño *et al.* 1994: 32-33). Los sikuani creen que el olor a humo de pescado puede incrementar las epidemias (Mariño *et al.* 1994: 64).

Aunque el calor es benéfico en un contexto culinario, también tiene propiedades negativas, por su afinidad con el veneno. Los uitoto, por ejemplo, consideran a todos los barbascos como plantas calientes por los efectos que tienen sobre los peces e incluso sobre algunas personas que los han utilizado para suicidarse (Garzón 1991: 186).

Este uso ocasional del barbasco volvió a llamar la atención nacional hace poco pues un líder nukak, llamado Mow be, se suicidó con barbasco el 18 de octubre del 2006, después de haber buscado infructuosamente ayuda en Bogotá para conseguir lanchas y condiciones de seguridad que les permitieran retornar a sus selvas de origen; este grupo de nómadas nukak estaba viviendo en un terreno de apenas 20 hectáreas en Puerto Ospina (Guaviare), después de haber sido desplazados de su territorio ancestral por efectos de los grupos armados insurgentes y los narcotraficantes. El hambre, las malas condiciones de salud, el reclamo de su gente por los resultados de las gestiones hechas en Bogotá y la depresión por estar en un mundo inhóspito y ajeno, produjeron el fatal desenlace (Yarce 2006: 9a).

La pesca con barbasco coincide con la época de fructificación

Es muy frecuente que los indígenas traten de explicar la correlación entre la subienda de los peces en verano y la fructificación de los árboles. Los makuna del Vaupés creen

⁴ *Mycteria americana*, del griego *Mycter*, nariz, trompa; del latín *americana*, de América. Pertenecen a la familia *Ciconiidae*. Este género en Colombia habita especialmente en llanuras húmedas de los llanos del Casanare y en la región del río Magdalena. Se alimentan de peces, ranas y de vez en cuando insectos. Para conseguir su alimento caminan en bandadas a través de lagos o bahías bajas o fangosas, danzan mezclando el barro del asiento hasta que los peces suben a la superficie; entonces los matan a golpes con el pico y se los comen cuando ya están flotando. Cuando se han saciado caminan hasta la orilla y se colocan en largas hileras dándole la cara al sol (Olivares 1973).

necesario “curar” ritualmente los frutos cuando están grandes y listos para ser recogidos; de este modo se está dando más vitalidad y fertilidad a los peces. En cada río hay un lugar que debe ser cuidado porque allí se ubica la fuente de fertilidad de los peces y si ella se endurece y se pudre, los frutos no cargan y los peces no se reproducen. Cuando se va de pesca en la época de abundancia del fruto de la palma de chontaduro (*Bactris gasipaes*), lo que se cose no son realmente peces sino frutos que el dueño de los peces envía a las quebradas para que los seres humanos puedan recoger y preparar el baile de muñeco. Cuando se pesca con veneno en un caño, siempre se escapan cuatro peces que son el alma o el cuerpo del dueño de los peces y eso hace que las especies se mantengan vivas. Los demás peces, que mueren, apenas son frutos (Arhem *et al.* 2004: 324-326).

Los uitoto del interfluvio Caquetá-Putumayo creen que el barbasco tuvo su génesis en la contienda contra los peces y en la historia del origen de la palma de chontaduro, *Bactris gasipaes* (Garzón 1991: 181). Se cuenta que *Boyaima* se casó con una mujer pez y robó el fruto del *Bactris gasipaes* que tenía la familia de su esposa; esto desató una guerra y Boyaima usó entonces el barbasco contra los peces que querían rescatar el fruto de la palma (Pinilla 1996: 214).

Pineda (1982: 43) nos dice que para los andoque, de la misma zona, la barbasqueada tiene un sentido sexual pues los peces simbolizan hembras de las cuales los hombres se apoderan con el garrote (falo); añade que la subienda de los peces sería estimulada con el ritual del chontaduro, fruta afrodisíaca que madura precisamente por esa época.

Los barbascos constituyen una pócima amorosa letal

La pesca es a menudo pensada a través de metáforas amorosas en las cuales la mujer ocupa la posición de los peces. Entre los sikuani se denominan *wisiwaji* tanto los cantos para pescar como los cantos para enamorar. El pescador sopla los anzuelos y se sopla a sí mismo con humo de tabaco para atraer los peces; aceptar pescado de un hombre es aceptarlo a él; en el mito de *Kuwai*, éste se casa con una mujer que saca del río, pero ella tiene un amante pez y da a luz peces (Mariño *et al.* 1994: 28, 46, 70, 103).

Entre los piapoco de la orinoquía invitar a una mujer a pescar en canoa es una señal de una seria proposición amorosa. Son dominio femenino el cultivo, la casa, la horticultura de la yuca brava, la fabricación de alimentos derivados de ella, y la búsqueda de agua y leña; los hombres dominan el río, la pesca y la búsqueda de cacería a través de las aguas. El huerto y las orillas de los ríos son escenarios de intercambios amorosos (González 1997: 67, 74).

Entre los desana del Vaupés la agricultura es también una labor femenina y la pesca una actividad masculina, aunque de segundo orden frente a la cacería. Podría decirse incluso que la pesca es femenina si se la compara con la caza. El pescador trata de parecer atractivo a la madre de los peces y a sus hijas con la ayuda de pintura facial que representa las aletas de los pescados, sus cabezas o sus ojos. Muchas veces, nos dice Reichel-Dolmatoff, los jóvenes se sientan por horas a orillas de los ríos, mirando el agua porque “están enamorando las mujeres de los peces” (1986: 264). Cuando uno dice que va a pescar, puede estar usando una metáfora para cortejar. Peces y mujeres deben ser debidamente procesados para ser incorporados como alimentos en los organismos in-

dividuales y sociales. El ají purifica la comida y el sexo y se usa como condimento, desodorante, emético o incienso (Reichel-Dolmatoff 1991:176, 182).

Los yukuna del río Caquetá también consideran en muchos casos a los peces como mujeres con las cuales los pescadores pueden mantener relaciones sexuales. Se trata de una relación de alianza precaria pues el hombre no puede comer los alimentos de la familia de su esposa so pena de convertirse en pez. La tensión se evidencia en mitos como el del arco iris *Majnorí*, hijo de Luna y de su hermana, quien desató una guerra al matar a *Kara*, el capitán de los peces (van der Hammen 1992: 246, 251, 282).

Las mujeres están excluidas del manejo de los venenos porque menstrúan

Casi todos los autores indican que las mujeres no pueden machacar los barbascos en los caños y lagunas, pero recolectan los peces, una vez están flotando. Mostraremos algunos ejemplos que ilustran la conexión entre esta prohibición y la presencia de la menstruación.

Las mujeres sikuani que están con la menstruación ni siquiera pueden entrar al agua con sus canastos a recoger el pescado porque “cortan el efecto del veneno”. Las embarazadas no entran al agua hasta que el veneno haya hecho efecto y los peces estén flotando, porque de lo contrario podrían hacerlos revivir. Sus esposos también permanecen afuera y hablando en voz baja, sin reír ni gritar. El pescador no debe tener relaciones sexuales antes de pescar con barbasco (Mariño *et al.* 1994: 44). En un mito sobre el origen de las pléyades, el héroe *Tsamani* y sus hermanos intentan infructuosamente flechar el cielo. Entonces la muchacha *Kawainalu* dispara una flecha agarrando el arco con las piernas. “Cuando soltó la puya le sonó el sexo como una explosión y le bajó la regla. Después formaron un bejuco escalera y por ahí subieron” (Ortiz 1982: 113). Aquí es explícita la asociación entre la menstruación y el bejuco, que no puede ser más que venenoso, como aquel que en tiempos míticos unía el árbol de la abundancia al cielo.

Como dijimos más arriba los sikuani estiman que el olor de la mujer es igual al olor del pescado y atrae a los *ainawi*, dueños de los animales silvestres. El mal de *ainawi* le puede dar a la joven tan pronto le llegue la regla, por el olor penetrante de la sangre (Mariño 1994: 39). En ese momento es aislada, le cubren la cabeza, le prohíben hablar, reír y comer carne de caza y pescado; luego le hacen una fiesta similar a la que dan los peces a *Bakatsoloa* y en la noche pronuncian el rezo del pescado para evitar que los seres del mundo subacuático la rapten (Ortiz 1988-1991: 27-67), como lo hicieron con *Bakatsoloa* tiempo atrás. Se dice que esta era una muchacha que también estaba encerrada por la llegada de su primera menstruación. Entonces llegaron los peces, copularon con ella y se la llevaron Orinoco abajo. Cada año los peces desaparecen por la época de invierno pues se van a desovar y a festejar a *Bakatsoloa* (Ortiz 1982:141-144).

La madre sikuani que acaba de dar a luz permanece en la casa con su marido y con su bebé mientras ella esté sangrando y el niño tenga abierto el ombligo. No debe comer pescado grande ni carne de monte; el hombre no puede salir a pescar, a cazar o a trabajar en su huerto y debe evitar el contacto con objetos cortantes, todo ello por el riesgo del mal de *ainawi* (Mariño *et al.* 1994: 34). Es como si ese niño no fuera aún suficientemente humano y hubiera que establecer fronteras claras con el mundo animal. El niño,

en su condición liminal, arrastra a sus padres quienes podrían también ser atraídos por los dueños de los animales, de ahí que ellos se sometan a todas esas restricciones.

Aunque en general, los grupos indígenas prohíben a las mujeres manipular el veneno, encontramos algunas excepciones que no podemos explicar completamente. Entre los nukak los hombres casados son los encargados de pescar con barbasco y preparar el veneno de cacería. Sin embargo, sus esposas o las viudas pueden ayudarlos a raspar la corteza de las lianas (Cabrera *et al.* 1999: 235, 266).

Entre los yukuna del río Mirití-Paraná las mujeres manejan barbasco, lo que concuerda con uno de sus mitos, según el cual el dueño del barbasco silvestre bajó del cielo con apariencia de mujer (van der Hammen 1992: 115); las *ñamatu*, mujeres de la mitología yukuna, están asociadas con el mundo acuático y los peces, y son sumamente peligrosas; sus secreciones vaginales actúan como barbasco matando a los peces y además, quienes copulan con ellas pierden el pene (van der Hammen 1992: 246).

Para los desana, la pesca es una actividad exclusivamente masculina pero, paradójicamente, la pesca con barbasco es la única ocasión cuando se permite la participación femenina, incluyendo a las mujeres encintas. Las mujeres, que en tiempo ordinario se sienten atemorizadas por los ataques sexuales del dueño de los peces, se bañan previamente en esta oportunidad con agua envenenada con barbasco y así se sienten protegidas, como si el barbasco actuara a manera de anticonceptivo (Reichel-Dolmatoff 1986: 265).

7. CONCLUSIONES

En primer lugar debemos señalar que la revisión de la literatura existente sobre los barbascos muestra que la calidad de la información es muy desigual para las distintas subregiones. En el Vaupés y en la región comprendida entre los ríos Caquetá y Putumayo hay buena información botánica y etnográfica, obtenida por pioneros como Richard Evans Schultes y Gerardo Reichel-Dolmatoff y los investigadores que han continuado su labor. Sin embargo, en las sabanas de la cuenca del Orinoco las referencias botánicas son escasas y en cambio hay buenas descripciones etnográficas y trabajos de compilación de tradición oral en los cuales han participado incluso como investigadores los mismos indígenas. Para el piedemonte amazónico, en los límites con el Ecuador, encontramos apenas seis especies reportadas y prácticamente ningún trabajo etnográfico que ayude a contextualizar el uso de los barbascos por parte de indígenas, por eso en este artículo faltan ejemplos sobre los kofanes, los kamsá y los sionas quienes paradójicamente son famosos por sus conocimientos botánicos.

Encontramos que algunos botánicos se han tomado el trabajo de reportar a los herbarios los nombres indígenas de los barbascos y anotar su traducción. Sería muy interesante hacer, en futuros trabajos, un análisis de estos nombres pues eso ayudaría a entender mejor el campo de asociaciones que los indígenas establecen alrededor de estas sustancias tóxicas.

Es necesario, además, plantear algunas reflexiones en cuanto a la práctica contemporánea de la pesca con barbasco. La pesca llevada a cabo por los colonos en las cuencas del

Orinoco y del Amazonas difiere significativamente de la pesca que hacen los indígenas, tanto desde el punto de vista de las artes de pesca empleadas como de la racionalidad económica de la actividad. Los colonos llegados de la zona andina suelen contar con motores fuera de borda, cuartos fríos y redes de arrastre que les permiten capturar grandes peces en verano con el fin de comercializarlos en los centros urbanos de la región y del interior del país. En cambio, los indígenas usan canoas impulsadas por remos, anzuelos, arpones, canastos y redes que permiten un abastecimiento permanente de peces pequeños durante todo el año. La pesca con barbasco es exclusivamente indígena y no hace parte de las artes de pesca cotidianas pues se realiza exclusivamente durante el verano, tiene un carácter colectivo y festivo y está sujeta a un conjunto de tabúes. Llama entonces la atención que haya reportes de uso indiscriminado del barbasco en algunos ríos, donde supuestamente deberían estar operando restricciones culturales para su uso. Esto debería conducir a otro estudio sobre el cambio en las artes de pesca y los factores que llevan a usar los ictiotóxicos sin respetar las restricciones culturales asociadas al universo simbólico.

La revisión de los estudios etnográficos permite concluir también que, aunque hay diferencias culturales grandes entre los grupos del área estudiada, los indígenas atribuyen con frecuencia características similares a las especies ictiotóxicas, especialmente su carácter amargo, cálido y maloliente. Sería interesante comparar más detalladamente las características de los venenos con el conjunto de cualidades que cada uno de estos pueblos asigna a la sal, la yuca, el ají, las mieles, el tabaco, la coca y los alucinógenos. Para el caso de los muinane del río Caquetá existe de hecho un valioso análisis de la retórica sobre las sustancias que los indígenas consideran constitutivas de sus propios cuerpos y que constituyen medios para engendrar otros cuerpos, pensamientos y emociones moralmente aceptables:

Actuando a través de la gente, las sustancias propias pueden quemar, atacar con garras invisibles, herir, matar, soplar lejos o comerse a los seres malignos; otras pueden purificar, “endulzar”, filtrar, calmar, sanar, nutrir o enfriar las cosas –incluyendo partes del cuerpo y pensamientos/emociones– (Londoño 2004: 32).

Cuando los uitotos dicen que los venenos son “calientes” no se refieren entonces a la temperatura sino a una cualidad vinculada a estados de ánimo que, como la rabia, tienen una valoración moral negativa.

Los venenos nos remitieron a las plantas perfumadas, pero hacen falta estudios sobre las categorías olfativas en las lenguas y las culturas indígenas de las tierras bajas para avanzar en la comprensión del significado de los olores y su relación con el cuerpo humano y la enfermedad. El carácter fétido de los venenos nos recuerda el lazo entre los barbasco y la suciedad, que encontraba Lévi-Strauss en los mitos de origen de estas sustancias (1968).

En la literatura etnográfica son bien conocidos los rituales relacionados con los frutos de las palmas, generalmente asociados a la iniciación de los muchachos, a las flautas de Yurupari y a la búsqueda de la fertilidad en todos los órdenes.⁵ El material que he-

⁵ Ver para los grupos tukano del Vaupés Hugh-Jones (1974) y Cayón (2002); para los piaroa la fuente más reciente es Mansutti Rodríguez (2006).

mos revisado resalta la coincidencia entre la pesca con barbasco en verano, la subienda y la maduración de frutos como el chontaduro (*Bactris gasipaes*). La pesca con venenos tendría una fuerte connotación sexual y aunque es mortífera, los indígenas no creen que acabe con los peces. Rituales como el del chontaduro o la “curación” de los frutos, contribuiría a la subienda de los peces.

En cuanto a la prohibición de manipular los venenos, que afecta a las mujeres de muchos grupos indígenas, concluimos que se debe a la similitud entre la sangre menstrual y los venenos mismos. La sangre es contaminante, impura, caliente, amarga, tóxica y fétida. Su llegada en la pubertad expone a la mujer a múltiples agresiones de los dueños de los animales y somete a igual riesgo al hombre que haya tenido contacto con ella. El veneno es en sí mismo peligroso y si se junta con la sangre menstrual el peligro aumenta a tal punto que se vuelve incontrolable. Sin embargo, esta conclusión provisional debería enriquecerse con un análisis más detallado de las diferencias entre los géneros pues como dice Belaunde a propósito de los airo-pai de la amazonía peruana, el estudio de las prácticas y las ideas sobre la menstruación abre las puertas a la dinámica social y al pensamiento pues las actitudes hacia la menstruación son la piedra angular sobre la cual reposa el universo social: “No sólo se trata de prácticas de higiene reproductiva y de construcción del cuerpo, sino de prácticas eje a través de las cuales se articulan las diferencias entre hombres y mujeres, dioses y humanos, vivos y muertos, los parientes Airo-Pai y los demás” (2001: 72).

Este estudio reitera la posición ambigua de los venenos que ya había destacado Lévi-Strauss (1968). Esto es evidente en los mitos sikuani sobre la caída del árbol de la abundancia. Se dice que éste estaba amarrado al cielo con un bejuco de barbasco. En esa época no había nada que comer y *Furnáminali* descubrió que un viejo salía a escondidas a tomar alimentos de ese árbol: frutos, yuca, plátanos. Trataron repetidas veces de tumbar el árbol pero se dieron cuenta que estaba agarrado arriba por un bejuco de barbasco. Al final las ardillas roen el bejuco y el palo cayó. A partir de ese momento se pierde la inmortalidad de los árboles y de la gente (Ortiz 1982: 84). El barbasco mata a los peces pero provee de alimento a los seres humanos. La muerte de unos significa la vida de otros. La paradoja se resuelve con la pérdida de la inmortalidad, precio que el mito impone para que la gente pueda encontrar los alimentos.

Si por un lado el veneno se relaciona con la muerte y la sangre menstrual, por el otro se asocia con la abundancia de peces y la fructificación de las palmas. El uso de los venenos no puede vetarse, simplemente debe estar sujeto a una serie de controles para que su manipulación no provoque un desenlace fatal sino la abundancia en la cacería y en la pesca. Paralelamente la sangre menstrual, que es contaminante, maloliente y caliente, debe ser neutralizada para que las mujeres sean fértiles. Las dietas alimenticias y sexuales, las negociaciones con los dueños de los animales y los rituales chamánicos referidos al ciclo vital y a la fructificación de los vegetales, garantizan la domesticación de todas las sustancias tóxicas, incluyendo la menstruación, los barbascos y los curares, para que ellas sean signo de vida y no de muerte.

Agradecimientos

Este artículo se deriva de un estudio más amplio sobre el uso y significado de los curares, venenos de cacería, y los barbascos, venenos de pesca. Agradecemos el apoyo financiero que recibimos durante el año 2005 por parte de la Vicerrectoría de Investigaciones de la Universidad de Antioquia. Igualmente hacemos un reconocimiento a la colaboración de los funcionarios del Herbario de la misma universidad, especialmente a su director, doctor Ramiro Fonnegra.

BIBLIOGRAFÍA:

- ARHEM, Kaj, CAYÓN LUIS, ANGULO, Gladis y GARCÍA, Maximiliano, coords. (2004) *Et-nografía makuna*. Bogotá, Acta Universitatis Gothoburgensis, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- ARIAS, Alfredo, GARCÍA, Sonia y APONTE, Raúl (1980) *Los varbascos*. Trabajo de grado, Departamento de Biología. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- BELAUNDE, Luisa Elvira (2001) *Viviendo Bien. Género y fertilidad entre los Airo-Pai de la Amazonía peruana*. Lima, Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica - Banco Central de Reserva del Perú.
- CABRERA, Gabriel, FRANKY, Carlos y MAHECHA, Dany (1999) *Los nukak: Nómadas de la amazonía colombiana*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia - Programa COAMA - Gobierno de Dinamarca.
- CASTRO, Luz Marina (1993) "Guahibo-Sikuaní". En: María Eugenia Romero, Luz Marina Castro y Amparo Muriel (coords.) *Geografía Humana de Colombia*, tomo III. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- CAYÓN, Luis (2002) *En las aguas de Yuruparí: cosmología y chamanismo makuna*. Bogotá, Ediciones Uniandes.
- GARZÓN, Nivia Cristina (1991) *La noche, las plantas y sus dueños. Aproximación al conocimiento botánico en una cultura amazónica*. Bogotá, Corporación Colombiana para la Amazonía - Araracurara - COA.
- GONZÁLEZ, Bermúdez, Jorge Luis (1997) *Zamaler y el origen de los peces. Etnoictiología de los piapoco del bajo Guaviare*. Bogotá, Colcultura.
- HUGH-JONES, Stephen (1974) *The Palm and the Pleiades. Initiation and cosmology in Northwest Amazonia*. New York, Cambridge University Press.
- KARADIMAS, Dimitri (1997) *Le corps sauvage. Idéologie du corps et représentations de l'environnement chez les Miraña d'Amazonie colombienne*. Tesis doctoral, Universidad de París X. París.
- KINGSBURY, John M. (1965) *Deadly Harvest. A Guide to Common Poisonous Plants*. New York, Halt, Rinehart and Winston.
- LANGENBAEK, Carl Henrik (1996). *Noticias de caciques muy mayores*. Bogotá, Uniandes - Universidad de Antioquia.

- LÉVI-STRAUSS, Claude (1968) *Lo crudo y lo cocido*. México, Fondo de Cultura Económica.
- MANSUTTI RODRÍGUEZ, Alexander (2006) *Warime: la fiesta. Flautas, trompas y poder en el noroeste amazónico*. Ciudad Guayana, Universidad Nacional Experimental de Guayana.
- MARIÑO, Juan Bautista, JIMÉNEZ, Rosalba y ROELENS, Tania (1994) *El canto de los peces*. Santafe de Bogotá, Colciencias – Agencia Española de Cooperación Internacional – Fondation pour le progrès de l’homme.
- NEUWINGER, H. D. (2004) “Plants used for poison fishing in tropical Africa”. *Toxicon*. No. 44: 417-430.
- OLIVARES, Antonio (1973) *Las ciconiformes colombianas*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo – PROYSER.
- ORTIZ, Francisco, (1982) *Literatura Oral Sikuani*. Tunja: La Rana y El Águila.
- (1988-1991) “El rezo del pescado, ritual de pubertad femenina entre los Sikuaní y Cuiba”. *Maguaré* (Bogotá). Vol. 6 (6-7): 27-67.
- PERAFÁN, Carlos César, AZCÁRATE, Luis José y ZEA, Hildur (2000) *Sistemas jurídicos tukano, chamí, guambiano, Sikuani*. Bogotá, Colciencias – Ministerio de Cultura – Icanh.
- PINEDA CAMACHO, Roberto (1982) *Chagras y cacerías de la garza siringuera: el sistema hortícola andoque. Amazonía colombiana*. Bogotá, Universidad Nacional.
- PINILLA GUZMÁN, Adriana (1996) *Aproximación al conocimiento etnobiológico de la avifauna en la comunidad uitoto del km. 11. Leticia. Amazonas*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, tesis de grado en biología.
- QUEIXALOS, Francisco (1991) *Entre cantos y llantos. Tradición oral Sikuani*. Bogotá, Etnollano.
- REICHEL-DOLMATOFF, (1986) *Desana*. Bogotá, Procultura.
- (1991) “Fishing and eating pepper-hot: reading a Desana text”. *Journal of Latin American Lore* (Los Ángeles). No. 17: 165-198.
- RONDÓN, José Armando (2002) “Guía descriptiva de los barbascos de Venezuela”. *Revista de la Facultad de Farmacia* (Mérida). No. 43: 34-42.
- SCHULTES, Richard Evans (1989) *El reino de los Dioses. Paisajes, plantas y pueblos de la amazonia colombiana*. Bogotá, El Navegante Editores.
- SCHULTES, Richard Evans y RAFFAUF, R. (1990) *The healing forest. Medicinal and toxic plants of the Northwest Amazonia*. Portland, Or., Dioscorides Press.
- VAN DER HAMMEN, María Clara (1992) *El manejo del mundo. Naturaleza y sociedad entre los yukuna de la amazonía colombiana*. Bogotá, Tropenbos.
- YARCE, Elizabeth (2006) “Angustia mató a líder nukak makú”. *El Colombiano*. 19 de octubre: 9a.

Internet:

<http://www.minambiente.gov.co/ecorre/peramb13/resumen.htm> (20.01.2006).